

SEMLANZA

¡Oh Alma! Si algún necio te dice que el alma perece como el cuerpo y que aquello que muere no regresa jamás, dile que las flores perecen, pero las semillas permanecen y yacen ante nosotros como el eterno secreto de la vida.

Khalil Gibran

María Luisa ROMERO*

Estas palabras de Khalil Gibran evocan en mí muchos recuerdos, recuerdos de incansables paseos conversando acerca de la vida con sus alegrías, sueños y desencantos y de las inquietudes compartidas sobre la muerte y la continuidad o no de la conciencia. Hoy, al profundo dolor que siento por su pérdida, se une la alegría por haber «reconocido» a la amiga de alma.

En ocasiones, percibir al otro no es fácil, encerrados en nuestros pequeños universos, transitamos por las mismas autopistas sin vernos y mucho menos reconocernos. Pero, en ocasiones, algunos buscadores de espacios imposibles se encuentran en las curvas del tiempo y en ese momento los muros se hacen transparentes y perciben la esencia, la luz del otro. Y así, un día como cualquier otro, en un curso sobre psicología, una persona llamó mi atención por sus inteligentes, comprometidas y audaces preguntas dirigidas al conferenciante. Me acerqué a ella en uno de los descansos, comenzamos a charlar y no dejamos de hacerlo durante treinta años.

Nuestra búsqueda espiritual había seguido rutas muy parecidas, hasta que María Teresa, de la mano de un gran amigo y maestro, según sus propias palabras, encontró en el budismo la senda que ya nunca abandonaría. Fascinada por el pensamiento oriental siguió la huella, estudió y transmitió las enseñanzas de sus maestros espirituales, filósofos, y poetas. María Teresa se convirtió en la gran

* María Luisa Romero González, Doctor en Medicina por la Open International University for Complementary Medicines de Colombo (Sri Lanka). E-mail: lateladepenelope@gmail.com.

amiga, la persona ideal para compartir las inquietudes del alma, una luz que orientó con generosidad y palabras sencillas la ruta hacia mi propio conocimiento. La generosidad, la sencillez y el no apego a las cosas materiales fueron cualidades que siempre aprecié en ella y gracias a su apoyo incondicional, ante una decisión vital, pude cambiar el curso de mi destino. Querida amiga, una vez más te doy las gracias por ello.

María Teresa, Maite, poseía un magnetismo especial que cautivaba. Recuerdo una ocasión en que la acompañé a su banco y quedé sorprendida al ver que todos los empleados se levantaron de sus respectivos asientos y se acercaron sonrientes y cariñosos a saludarla. La directora salió a recibirla y ya en su despacho, mantuvieron una larga e interesante conversación que nada tenía que ver con asuntos financieros. Después, supe que ese era el trato que siempre recibía. Y lo mismo sucedía cuando iba a ver a su gestor, o cuando iba a su antiguo barrio y se tomaba un café con los vecinos o en las tiendas o con el señor que recoge los carros en el supermercado, al que ayudaba y escuchaba con total atención. Maite no hacía diferencias entre las personas, ni sociales ni culturales, ella era así, sencilla, auténtica.

Su relación con los niños era muy especial. Con ellos, se desprendía de su coraza emocional y entraba fácilmente en sus universos. Entre juegos, ternura y firmeza, les hablaba y escuchaba. Los niños se sentían felices y la adoraban. Nunca vi a mi amiga tan radiante como en esos momentos de juegos y amor que compartió con ellos. En más de una ocasión, me pareció captar brillo de agua en sus ojos, se emocionaba al sentirse tan amada. En su despedida, los niños soltaron globos blancos al cielo y mientras se perdían entre nubes, gritaban sin cesar:

— ¡Maite, te queremos!

Hoy, la siguen añorando y dejó, sin pretenderlo, una huella imborrable, una semilla que germinará, sin duda alguna, hacia el amor por el conocimiento que siempre vieron en ella.

Maite amaba su libertad tanto como amaba su trabajo. Nunca condicionó su vida a obligaciones, ideologías o convencionalismos sociales. Altruista, protectora, directa y pura en sus afectos, entendió y practicó la compasión budista, pero rechazó la autocompasión, el chantaje emocional y el «buenismo», término que ella solía utilizar para definir ciertos comportamientos de personas que van de buenas por la vida. Su fuerte carácter y arrolladora energía no dejaba indiferente

a nadie y en más de una ocasión tuvo que enfrentarse a situaciones difíciles. Ella decía, que, para vencer en la batalla, hay que luchar como el guerrero Arjuna, sin deseo de triunfo ni emociones de odio o temor en el corazón, simplemente actuar. Así que se enfrentó con honestidad a las dificultades y venció, gracias a su fuerza y al apoyo incondicional de sus muchos amigos.

Gracias a su constante deseo de superación era capaz de reconocer los rasgos menos positivos de su carácter y tratar día a día de mejorarlos. Aceptaba con humildad las críticas y olvidaba con facilidad las ofensas. Trabajadora incansable, disfrutaba estudiando y enseñando. Resolutiva y rápida en cumplir sus cometidos, nunca dejaba nada para el día siguiente. Quizá intuía que no habría muchos días siguientes en su vida.

Siempre decía que estudiaba y escribía para aprender y evolucionar a través de la sabiduría de los Grandes Maestros. Quienes estuvimos cerca de ella pudimos apreciar y disfrutar de su transformación: una actitud más compasiva y generosa, mayor tolerancia, gestionaba mejor la frustración, aumentó su capacidad de escucha, dedicaba más tiempo a las personas que amaba, sus palabras invitaban a profundas reflexiones y poco a poco su ego se iba desdibujando.

La India ejercía sobre ella una fascinación especial. En más de una ocasión me comentó que había tenido experiencias *déjà vu*: olores, sabores e imágenes de una niña descalza caminando por las calles de Benarés. Su soñado viaje a la India tuvo que ser anulado en varias ocasiones, debido a la atención incondicional que dedicaba a su madre. Cuando al fin pudo realizarlo, derrochó tanto amor, entusiasmo y energía que nada hacía presagiar lo que sucedería cinco meses más tarde.

Aceptó su enfermedad, sin quejas ni reproches. Su estancia en el hospital fue un ejemplo para los médicos que la atendieron y para todo el equipo de la planta. Llegaron a sentir tal empatía hacia ella que, aún habituados a la muerte, se emocionaron cuando les comunicó que no había superado la operación. En los días previos a su muerte aprecié en ella una nueva transformación, mayor intuición, receptividad y comprensión. Estaba más ocupada en no inquietar ni molestar que en su propio dolor. Demandó varios encargos, todos para favorecer a alguien; uno de ellos fue que le regalara, a la señora que cada día limpiaba la habitación, su libro *Reflejos del alma*: intuyó que lo necesitaba. En esos días, la mirada de Maite desprendía un brillo tan especial que entendí lo que quería decir cuando hablaba de «fronteras transparentes».

En estos momentos, quiero imaginarla ajena a la añoranza de quienes la quisimos, recorriendo las calles de Benarés, descalza, feliz y sin apegos, como la niña de sus presentimientos. O descansando en la «Tierra Pura». Ese mundo de transparencia que describe en su libro *El gran enigma de la muerte*, «Donde todo el universo es reflejado, donde las cosas tienen el destello de las piedras preciosas y el olor de los delicados perfumes, un paraíso donde todo se manifestaría tal y como desearan los seres, libre de tentaciones e impurezas».

Pero dondequiera que su conciencia habite quiero que le llegue mi gratitud por su presencia en mi vida y hago míos los versos de Miguel Hernández para decirle:

A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañera del alma, compañera.